

Humillaciones

CUENTOS



Marcelo Mellado

Mellado, Marcelo / Humillaciones

Santiago de Chile: Editorial Hueders, 2014, 1ª edición, p140., 14x22 cm

Dewey: Ch863.4

Cutter: M486

Colección

Materias:

Cuentos Chilenos.

Narrativa chilena.

Mellado, Marcelo 1955-

ISBN 978-956-8935-38-2

Humillaciones

Marcelo Mellado

© Marcelo Mellado, 2014

© Editorial Hueders

Primera edición: agosto de 2014

ISBN 978-956-8935-38-2

Registro de Propiedad Intelectual n° 244.479

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida
sin la autorización de los editores.

Diseño: Inés Picchetti

HUEDERS 

www.hueders.cl | contacto@hueders.cl

SANTIAGO DE CHILE





HUEDERS

Humillaciones

CUENTOS

**MARCELO
MELLADO**

ÍNDICE

Archivo escolar	9
Edi Yonki	17
Poética de la reposición	21
La felicidad de los otros	29
Humillaciones	35
Imposturas, equívocos, ansiedades	47
Capital semilla	53
Leve inclinación	65
Merca Litoral	69
Las Vickys	75
Charly	83
Tango	99
Teoría de la gestión	105
Soldado	115

LA FELICIDAD DE LOS OTROS

Cuando atiendo mesas percibo con mucha claridad el fenómeno de la felicidad de los otros, entendida como una agresión, incluso como una humillación dirigida a aquellos que ocupamos un radio de un par de metros, y que nos vemos obligados a ser testigos de esa escena deprimente. Es espantoso, sobre todo para la gente como yo que quiere vivir sin sobresaltos. Padecer la risa patológica de una mesa de clientes que, contentos hasta el delirio, hablan con voces chillonas y carcajean con espasmos histéricos, puede ser un gran desastre para la dimensión personal de la existencia. Mi parecer íntimo es que las personas no debieran hacer más ruido del necesario. Es raro que mucha gente entienda el ocio o un momento de solaz como la emisión insoportable de ruido, lanzado al ambiente como desprecio a la tranquilidad de los otros. Es tan insoportable que he decidido enfrentar el problema directamente, sin las dilaciones propias de la humanidad mediocre, siempre pusilánime. Para ello preparé un plan, no sin antes hacer un diagnóstico preciso. Y me di cuenta de que la felicidad de los otros no sólo es una agresión artera contra el género humano, porque pone en escena una autoafirmatividad perturbadora, casi siempre tribal, sino además porque excluye a los que sufren y los trata de someter a la ignominia de la presencia indeseable. Y todo esto por hacer prevalecer el estilo abacanedo del sujeto latinoamericano moderno. Ese es el punto, cuando un cerdo cara de perro achilenado

pretende erigirse en centro de las miradas y las referencias, habla fuerte y grita, y lo único que dice (en su pretensión) es que está ahí, disponible, para que los otros asistan al espectáculo de su felicidad. Felicidad siempre dudosa, aunque no es el momento de desviarnos para explicar dicho mecanismo enfermizo.

Por lo general se ponen contentos –que pareciera ser la antesala candorosa de la felicidad– por cosas idiotas, como cuando un futbolista mete un gol o por la obtención de logros menores, como graduaciones o los llamados fines de procesos. Imaginen un curso, una capacitación picante de esos chulos aspiracionales que hacen un magíster o un diplomado, y que celebran exámenes de grado que han superado exitosamente. Una de las situaciones más deplorables se produce cuando un grupo de hombres se junta a celebrar algo como eso, o un grupo de amigas chillonas participa de un after hour. Estos malditos y malditas no saben estar solos, porque nadie les enseñó esas elementales pautas zen de existencia que son tan necesarias para el nuevo ser humano que debiéramos proponer. Estos perros y perras fueron educados en el griterío soberbio que pretende pasar por terapia saludable: padres y madres igual de gritones y risueños que ellos.

Decidí, entonces, seguir a un par de felices que iban semi borrachos a tomar el auto de uno ellos, ubicado en una calle oscura cerca de la Costanera. Yo trabajaba en un pub asqueroso que estaba en Manuel Montt, en el barrio Providencia. Me acerqué sigilosamente por detrás, preocupándome de que no hubiera testigos, y los rocié con bencina que yo había trasvasiado en un spray e, inmediatamente, con un encendedor convertido en soplete, cuyo modelo saqué de internet, les prendí fuego y huí corriendo.

Pasó una semana e hice lo mismo con una pareja a unas cinco cuerdas de distancia del primer ataque purificador. A

partir de ahí, las noticias plantearon lo que definían como un “dilema policial”.

Cuando más odio a estos malditos y malditas (hay que agregar el género por democracia lingüística) es cuando vienen al local a ver un partido de fútbol y gritan como cerderío humano, y sus rostros se deforman, y sufren, y se alegran, y gritan. Siempre he encontrado horrorosamente inútil que un futbolista cabeza de mierda grite un gol y se abrace y bese a un compañero por un acto que está dentro de sus deberes más elementales; pienso que debiera prohibírseles que hagan ese espectáculo indecoroso. Es terrible soportar el doble griterío del que mete el gol en el estadio y de los piojentos que gritan en el local. Es ahí cuando me entra el delirio purificador y quiero exterminarlos en el acto.

En días de festividad futbolera no es recomendable acometer el acto higiénico o de limpieza por fuego, hay mucha gente y se reduce la seguridad de la operación. Debo esperar otro momento y contener las ganas.

Una compañera de trabajo me contó que un detective andaba haciendo un empadronamiento de los locales. Obviamente estaba en el marco de la investigación que se estaba llevando a efecto. Para mí era nuevo desafío: mi emprendimiento purificador no se iba a detener por un funcionario.

Cuando el detective Pizarro habló conmigo días más tarde noté que era un tipo raro, lleno de tics nerviosos y para colmo tartamudo, muy tímido, más que yo. Me pareció un sujeto controlable. Hizo las preguntas de rutina. Yo también lo interrogué por los motivos de su investigación, pero evadió una respuesta precisa.

Esa noche, en mi departamento, revisé algunas notas de prensa y vi *Taxi Driver* y parte de *Desayuno en Tiffanys*. Me encanta como Audrey Hepburn canta “Moon River”, ahí no hay ruidos molestos. A Robert De Niro me hace bien verlo.

También pensé en el uso de armas de fuego (las películas me estimulan).

El detective Pizarro quería establecer conmigo una relación más cercana. Eso me puso algo paranoico. Incluso, creo que alguien me siguió en una oportunidad en que volví a mi departamento. Yo sólo quería cumplir con mi deber, es decir, ser feliz sin ruido y compartir eso con algunos pocos que sintonizaran con mi predicamento. Sarita, la otra garzona que hacía turno conmigo, compartía en parte mis ideas, pero a veces también cometía el error de reírse fuerte. En algunas ocasiones yo la acompañaba a tomar la micro o el colectivo en la madrugada. Esa semana prometía ser muy chillona, porque venían varias festividades de fin de año. Sentí que era necesario actuar.

Esa noche atendí a un par de felices que por trato amistoso se decían “perro”. Eran unos descerebrados de tomo y lomo. Tomaron ron como enfermos y se curaron; gritaban como endemoniados. Tuvieron una conversación estúpida sobre unos bonos de fin de año y sobre un problema conyugal; el modo de hablar era soez y monosilábico. De pronto uno de ellos pasaba del entusiasmo a la angustia, aunque no dejaba de hablar fuerte. El amigo parecía consolarlo y también subía la voz, incluso lo abrazaba como para darle ánimo. Además, molestaron a una clienta y piropearon a Sarita, y dieron vuelta un vaso de ron cola que tuve que limpiar. Era lógico: debían morir.

Esta vez rocié a los sujetos felices con mucha bencina y algo de fuego, que se tornó muy explosivo, me quemó el dedo índice de la mano derecha. Lo hice bien lejos del local aprovechando que no andaban en auto. Mi sensación es que querían caminar hasta la casa de uno de ellos. Yo los seguía a la distancia. Incluso pasaron a una fuente de soda a tomarse una cerveza. Los esperé hasta que fueron echados por el dueño.

Cuando uno de ellos comenzó a vomitar junto a un árbol, mientras el otro lo trataba de sostener, aproveché la ocasión. Estaban tan curados que no gritaron mucho. Ese día me había asegurado de conseguirles una mesa alejada en un rincón para que nadie pudiera decir que habían estado ahí. Como el lugar, además, era oscuro, no iba a ser una tarea muy sencilla periciar sus identidades y determinar el lugar de los hechos. Y si los reconocía el dueño de la fuente de soda que los echó, mejor, porque las evidencias lo alejaban del local de origen.

Cuando estaba lejos del lugar de los hechos recibí un llamado de Sarita, que se había ido con otros chicos que garzoneaban en el local a un pub de pendejos para distraerse. Me pidió quedarse en mi departamento esa noche. Accedí porque me pareció una coartada posible que podía aprovechar, y lo del dedo lo haría pasar como algo que me había ocurrido con un sartén en la cocina.

Sarita llegó a mi departamento diez minutos después que yo, lo que me permitió ocultar el bolso del spray con la bencina y el soplete casero. Venía un poquito borracha y quiso dormir conmigo. Supuse que tampoco era mala idea, pues reforzaba la coartada. Fue complicado cuando intimamos sexualmente, porque Sarita gritaba mucho y decía palabras de grueso calibre. Cuando terminamos, ella, antes de dormir, me dijo que olía a bencina.

En la mañana desperté muy temprano y me bañé prolijamente, para quitarme cualquier aroma inculpatorio, y me curé la herida. Sarita despertó mucho más tarde, sin ninguna conciencia de lo que había pasado, incluso se preguntaba por qué estaba ahí. Recién cuando se vio desnuda cayó en la cuenta de lo que había ocurrido. Su primera reacción fue inculparme como abusador, pero utilicé algunos recursos mnemotécnicos para que recordara, simplemente la acaricié

y la besé, ella reconoció que todo había sido con su consentimiento y lloró. La consolé unos instantes; lo hicimos de nuevo. Esta vez todo fue mucho más silencioso.

En la semana la noticia corrió con fuerza y el detective Pizarro apareció por el local acompañado de un colega más viejo. Reparó de inmediato en el parche que cubría mi dedo índice. Me justifiqué sin vacilaciones: había sido con un sartén en la cocina. De todos modos me pidieron que los acompañara a la jefatura, porque querían conversar conmigo sobre algunas coincidencias. Esto me lo dijo el más viejo con un tono tan irónico que atenuaba bastante bien la amenaza. Me subieron a un vehículo y me condujeron a una oficina infecta de la Brigada de Homicidios. Allí el más viejo, bajo la mirada atenta del detective Pizarro, me dijo displicentemente, pero con claridad, que evitáramos el trámite de un interrogatorio eterno, que confesara pronto, que ya habían hablado con la chica que había pasado la noche conmigo y que todo calzaba: el área, el local, la herida.

Estás equivocado de época, chico; hubieras sido muy útil en otros tiempos, sentenció el detective más viejo. Hubieras tenido una buena pega cuando en este país había higiene social y tipos como tú lo mantenían ordenado y limpio. No sé si había un dejo sarcástico en su modo de hablar, pero era probable que sí. Estuvimos hasta muy tarde en un interrogatorio que a mí me sirvió mucho para mi desarrollo personal.